

Josep Picó y Juan Pecourt (2013): Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000). Barcelona: RBA, 510 p. ISBN: 978-84-9006-685-0

El papel de las ideas y de los intelectuales en el cambio social ha sido una preocupación recurrente dentro de la Sociología. El debate clásico en torno a la determinación enfrentaba una visión materialista, para la cual las ideas eran simplemente derivaciones de las condiciones materiales de existencia, con una idealista que, al contrario, afirmaba la primacía de las ideas en los fenómenos de cambio social. Los intelectuales son uno de los principales agentes creadores de ideas y debates. En consecuencia, ocupaban un lugar central en este debate, siendo vistos en función de la perspectiva teórica de la cual se partiese bien como agentes vinculados a un grupo o clase social específica, bien como creadores autónomos de material simbólico.

Los profesores Josep Picó y Juan Pecourt han realizado una valiosa contribución que continúa la ya extensa bibliografía existente sobre el intelectual dentro de las Ciencias Sociales. En ella, aunque no se teorice expresamente, está presente el debate sobre las ideas y el cambio social, así como sobre el papel del intelectual y las influencias que la sociedad ejerce en su actuación. El análisis que realizan sobre la genealogía de los intelectuales en algunos países occidentales pivota en torno a dos ejes. El primero es el mensaje específico que transmitieron y el medio en el que publicaron. El segundo es el receptor de dichos mensajes, a saber, el poder político y sus elites o el entramado de la sociedad civil. Dicho de otro modo, el libro presenta un modelo subyacente de circulación de la producción intelectual, en el cual los intelectuales lanzan un mensaje a través de un determinado medio de comunicación con la intención de conquistar un determinado público: los grupos hegemónicos o la sociedad civil.

Asimismo, en cuanto a los elementos estructurales de la obra, cabe destacar la distinción entre *intelligentsia* e intelectuales. Estos últimos se caracterizarían por el uso de las ideas en la esfera pública, es decir, por su relación con el poder. Como aclaran los autores:

El intelectual moderno es un actor social que surge gracias a unas condiciones sociales específicas, que depende de la existencia de un espacio público y libre de discusión, que se conforma de acuerdo a diversas tradiciones culturales de la modernidad, y se vincula a un cierto proceso de laicización de la sociedad (p. 268).

Su actividad se caracterizaría por ser creativa y, en muchas ocasiones, abiertamente crítica con la sociedad en la que vive. Mientras que los primeros, la *intelligentsia*, es un conjunto de individuos caracterizados por su educación especializada: técnicos, profesionales o, entre otros, ingenieros. Es un

concepto más amplio en el que se engloban aquellos que aportan su trabajo intelectual al proceso productivo.

A pesar de su título, la primera parte del libro está dedicada a los intelectuales durante los siglos XVIII y XIX. De hecho, el libro está organizado en tres partes claramente diferenciadas que analizan cronológicamente el rol del intelectual: desde sus orígenes ligados a la Ilustración hasta la Segunda Guerra Mundial, desde ese momento hasta los años 70 del pasado siglo y, por último, desde 1970 hasta la actualidad. El primer capítulo, en concreto, analiza el nacimiento de la figura del "hombre de letras" durante el siglo XVIII, que inaugura la figura del intelectual que se integrará con fuerza en el imaginario popular, y su consolidación en el siglo XIX en torno al "affaire Dreyfus". El libro huye, no obstante, de la generalización, al plantear que el modelo francés de intelectual no es el único posible y que otras tradiciones nacionales producen que el rol del intelectual sea específico en cada uno de estos contextos.

En el segundo capítulo, se revisan las diferentes tradiciones nacionales, ya que estas determinaron las características que se adscribieron al rol del intelectual en cada uno de los países analizados. En Francia el intelectual vivía de su trabajo proyectado sobre la sociedad civil, lo cual le proporcionaba una gran independencia y capacidad de crítica acerca de la actuación estatal. En Alemania, por el contrario, los intelectuales quedaron vinculados con el Estado, fundamentalmente a través de la universidad. En Gran Bretaña, el papel nunca se consolidó totalmente, pues no existía un enfrentamiento con el poder como en Francia ni una política Estatal tan marcada como en Alemania. De hecho, los propios intelectuales ingleses se preguntaban si podía calificárseles con ese nombre. Por su parte, en Estados Unidos el rol del intelectual fluctuaba entre una bohemia apolítica o crítica pero no activista y su colaboración con el Estado en calidad de "expertos". Finalmente, en Rusia se encontraban, por un lado, los intelectuales tradicionales comprometidos con valores universalistas herederos de la Ilustración y, por el otro, los intelectuales marxistas que pretendían dirigir la actividad política y controlar el Estado.

El tercer capítulo comienza mostrando como las diferentes tradiciones nacionales fueron puestas a prueba durante la Primera Guerra Mundial, en la cual los intelectuales se alinearon con sus respectivos países —con algunas notables excepciones que decidieron abrazar el internacionalismo y el pacifismo—. Las contradicciones surgidas del conflicto

militar se hicieron especialmente patentes en el país perdedor durante la República de Weimar. El libro recoge a continuación las primeras teorías sobre los intelectuales, aparecidas precisamente en esta época, que debemos a Julien Benda y Paul Nizan en Francia, a Karl Mannheim en Alemania y a Antonio Gramsci en Italia. En general, se discutía si el intelectual debía intervenir en la sociedad o, por el contrario, debía mantener una posición de neutralidad para mediar en las polémicas de un modo objetivo. En todo caso, las contradicciones y visiones enfrentadas no se resolvieron y la Segunda Guerra Mundial no hizo sino acrecentarlas y proyectarlas hacia la siguiente etapa.

En el libro se encuentra también, en el cuarto capítulo sobre la Guerra Fría, un interesante debate sobre la figura del intelectual en las sociedades democráticas y en las totalitarias o dictatoriales. Este periodo comprendería la segunda gran etapa en el que se analiza la figura del intelectual en este libro. En el bando de las sociedades democráticas se analizan Estados Unidos y Francia. En el primer país prevaleció la figura del experto o intelectual incorporado al aparato del Estado. En el segundo, la figura del intelectual crítico inmerso en una subcultura que enfatizaba la independencia y el alejamiento del poder. En el bando de las sociedades totalitarias y dictatoriales, se presentan los casos de la URSS y de España, haciendo hincapié en las estrategias de inclusión de los intelectuales en el Estado seguida por estos regímenes –una mezcla de coacción y prebendas–, y en las posiciones contestatarias que surgieron en esos países. Salvando las diferencias entre ambos tipos de sociedades, la obra remarca la enorme importancia que los Estados daban a la labor de los intelectuales y muestran los intentos para controlar o gestionar su actuación.

El último periodo partiría de la década de 1970 y llegaría a nuestros días. En el quinto capítulo se analizan los cambios que dieron paso a una nueva definición de los intelectuales durante los años 60 y 70. Dos resultaron los más importantes. El primero, la transformación de la esfera pública debido a los cambios tecnológicos que abrieron la posibilidad de influir en la misma a un número cada vez mayor de individuos; a la gran difusión de los medios de comunicación de masas, que crean sus propios intelectuales; y a la inclusión de los intelectuales como profesores en los centros educativos superiores debido a la extensión de la educación universitaria entre

amplias capas de la población. Y el segundo, el debilitamiento de las barreras que separaban la alta cultura de la cultura popular. Este hecho mermó el prestigio del intelectual, ligado tradicionalmente a la “cultura culta”.

Finalmente, en el sexto capítulo, se presenta la situación del intelectual en el mundo globalizado de nuestros días. Plantean Picó y Pecourt una tipología, que describe tres modelos de intelectual en función de su contexto institucional: académico, think tanks o mediático. La figura más destacada del intelectual en cada contexto sería respectivamente la de la “estrella del campus”, el “profeta del mercado” y la “celebridad activista”. Las dos primeras proceden y viven en un entorno académico, y tienen vínculos más claros con el intelectual tradicional, mientras que la última, compuesta por artistas, actores o famosos, tiene sentido solo en relación a los medios de comunicación de masas.

Los intelectuales nunca mueren presenta un acierto notable al exponer sus argumentos de un modo accesible a un público culto proveniente de diversas disciplinas. No se encontrará la habitual prosa académica con sus notas a pie de página, polémicas teóricas y aditamentos metodológicos. Se hallará más bien una conjunción de sociología e historia narrativa, que proporciona una valiosa introducción y una panorámica general sobre el papel del intelectual en las sociedades modernas. En el debe, quizá más achacable a la labor editorial que a los autores, debe señalarse la ausencia de un índice analítico y onomástico. En una obra con tal profusión de nombres se echa realmente de menos. En todo caso, bienvenido sea un trabajo de estas características, pues acerca un tema ciertamente complejo de un modo claro y accesible no exento de profundidad.

Antonio Martín-Cabello

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Rey Juan Carlos, España
antonio.martin@urjc.es

Recibida: 4-5-2013

Aceptada: 20-6-2013

